

Continuismo neoliberal e intervención estatal

Bases y límites del “modelo K”

Marcelo Yunes

A más de tres años de gestión de Kirchner, cabe recordar la polémica respecto de los *grados y niveles en las continuidades y rupturas de este gobierno con los anteriores*, en particular en referencia al “modelo” neoliberal más ortodoxo de los 90 y el menemismo, sin modificaciones durante los dos años de De la Rúa.

Una posición es la sostenida en primer lugar por el propio gobierno y su amplia cohorte de defensores (vocacionales o a sueldo) de que estamos ante una “nueva Argentina” que implica un quiebre esencial con los 90 no sólo en lo político sino también en lo económico. Sin rebasar, claro está, los marcos del orden social vigente, el paso a un capitalismo argentino “serio”, en contraste con la “fiesta” menemista, si no se ha completado, estaría al menos en vías de hacerlo.

Frente a esto, desde diversos sectores de izquierda se han señalado los evidentes elementos de continuidad con el “modelo” neoliberal clásico, pero este justo señalamiento ha llevado a veces a generalizaciones que *borran las diferencias específicas* entre el gobierno Kirchner y sus predecesores.

¿Estamos ante un *nuevo patrón de acumulación capitalista*? ¿El gobierno actual no es sino una variante sofisticada de *más de lo mismo*? Frente a esta disyuntiva *simplificadora*, la respuesta es *negativa* en ambos casos.

En el análisis que sigue, sostenemos que, por un lado, *no* puede hablarse en absoluto de un *cambio radical* ni en la *estructura productiva global* ni en la *inserción argentina en la economía mundial* (cambio que, por ejemplo, sí experimentaron ciertos países como los del sudeste asiático, en particular Corea del Sur, aun en un marco de mantenimiento de las relaciones sociales capitalistas). Se conservan incólumes los rasgos fundamentales del capitalismo argentino: su

► Dossier Argentina

Economía

atraso industrial y de infraestructura global, su dependencia de la producción agraria y la falta de todo proyecto estratégico autónomo de su clase dominante respecto del imperialismo.

Por el otro lado, sin embargo, se verifica una *modificación real* de la matriz de la época menemista en el sentido de la consolidación de una tendencia a la *intervención política del Estado en la economía* (lo que no debe confundirse, como hacen los panegiristas oficialistas, con un crecimiento del rol del Estado como actor *económico* propiamente dicho). Por otra parte, *sin cuestionar* los lazos más globales y profundos de la dependencia respecto del imperialismo, el gobierno de Kirchner buscó y busca establecer relaciones de *negociación real* en una posición sin duda *subordinada pero distinta* del alineamiento automático y las “relaciones carnales” en todos los terrenos. Los elementos de identidad y diferencia se hacen más visibles, respectivamente, en la actitud hacia el gobierno de EEUU por un lado y hacia el FMI y el resto de los organismos multilaterales de crédito por el otro.

Los cambios introducidos en el funcionamiento económico desde el Argentinazo fueron esencialmente dos, ninguno de los cuales es atribuible a Kirchner sino a su inmediato antecesor, Duhalde: la *devaluación* del peso y el *default* (que se ha levantado pero fue un paso necesario para la “acumulación primitiva” de los cambios en la economía). Kirchner pudo erigir el *superávit fiscal* como pilar de la política económica a partir de la espectacular *transferencia de valor hacia la clase capitalista en su conjunto*, con los sectores exportadores llevándose la parte del león. La inédita robustez de las cuentas públicas es una moneda de dos caras: la *reducción real del gasto social del Estado* y una fuente de ingresos inexistente en la Argentina del 1 a 1, las *retenciones a las exportaciones*.

Sobre esa base fiscal Kirchner consigue márgenes de acción política para su rol de *árbitro*: en la negociación de la “nación” con los acreedores externos (canje y cancelación de deuda con el FMI), en las disputas interburguesas, en los conflictos entre los capitalistas y la clase trabajadora y, como hemos dicho, en el establecimiento de *límites al accionar del “mercado”* a la menor amenaza de éste a las condiciones de estabilidad política. Así lo ejemplifica la intervención estatal –reiteramos: con medios políticos, no estrictamente económicos– en terrenos como el de la inflación vía el control de volúmenes de exportación (el caso de la carne) y del índice mismo de precios (el cuasi control de precios de los productos con mayor impacto en la medición del INDEC; la política de subsidios al transporte y la energía).

El resultado de esto es un *cambio* no abrupto pero real en el *reparto del producto social entre las distintas fracciones de la burguesía*, partiendo de ciertas premisas. Primera, es la clase capitalista *en su conjunto* la que se ve beneficiada; segunda, y por eso mismo, la política económica kirchnerista no implica *ninguna modificación sustancial en las relaciones entre el capital y el trabajo en favor de este último*. En ese sentido, y más allá de los discursos, no hay duda de que no asistimos a nada parecido a un proceso de concesiones significativas a la clase trabajadora, directas o indirectas (como hubo bajo el primer peronismo), ni a ninguna forma de “Estado de bienestar”.

Se trata, en suma, de una modalidad de *neoliberalismo de tono más "productivo" e incluso "industrialista"*, que toma cierta distancia del parasitismo financiero reinante en los 90 (sin eliminarlo en absoluto, cabe aclarar) y en el que a la vez se introducen *elementos de regulación económica* parcial desde el poder político estatal. Por otra parte, los límites de ese "productivismo" se manifiestan tan pronto se intenta una comparación con las políticas "desarrollistas", reales o declamadas, frustradas o relativamente exitosas, en boga entre los años 50 y los 70. El contexto global de la *mundialización capitalista*, a la vez que *coyunturalmente* –en los últimos cuatro o cinco años– permitió cierto margen de *beneficio relativo* a algunos países subdesarrollados, opera como una *camisa de fuerza a toda veleidad "desarrollista"* en el marco de la asimetría fundamental de las relaciones entre el centro imperialista y la periferia.

Finalmente, en el terreno *social*, se refuerzan las tendencias a la redistribución de valor y plusvalor *en detrimento de los trabajadores* con la consiguiente *desigualdad creciente* en los ingresos de las clases. La detención de los rasgos más brutales del deterioro social y la pauperización pone de manifiesto, justamente, lo profundo de las transformaciones en la estructura social, a punto tal que incluso tras un ciclo de alto crecimiento que lleva más de tres años, los nódulos de desigualdad y pobreza extrema se revelan imposibles de disolver.

En lo que sigue, intentaremos desarrollar estos elementos de la economía argentina bajo Kirchner.

1. UN CONTEXTO INTERNACIONAL FAVORABLE

Ningún analista serio deja de observar que uno de los factores de mayor peso que incidieron en la "milagrosa" recuperación económica tras la catastrófica caída del PBI, el empleo, la actividad y los ingresos en 2002 fue la coincidencia de una maxidevaluación con *un ciclo económico internacional inusualmente propicio*.

El *crecimiento* económico mundial, la abundancia de *liquidez* (dinero disponible para invertir), la baja de las *tasas* de interés internacionales y, en particular, los *precios récord* de diversos commodities (granos, materias primas) y petróleo –en particular a partir de la demanda china– contribuyeron al crecimiento en toda América Latina.

La tendencia histórica al deterioro de los términos de intercambio (el ensanchamiento de la diferencia relativa de precios entre los productos primarios y los industriales en perjuicio de los primeros) se detuvo e incluso se revirtió temporariamente. Como resultado, *en toda la región se verificó un espectacular crecimiento de sus exportaciones y del superávit fiscal, con baja inflación*.

De hecho, a pesar de que fue el país que más devaluó su moneda, Argentina tuvo, entre 2002 y 2005, un crecimiento anual de exportaciones del 12,8%, bastante *inferior* al de la mayoría de los países de la región como Chile (26,1%), Bolivia (23,7%), Brasil (21,8%), Ecuador (21,5%), Uruguay (19%), Colombia (17,9%) o Paraguay (17,8%).

► Dossier Argentina

Economía

Conviene tener presente el dato para *desmitificar* las tonterías sobre un supuesto “boom exportador” logrado gracias a las bondades del “progresismo” kirchnerista. De hecho, entre 2001 y 2005, el total de exportaciones creció en Argentina un 50%, pero en Brasil, Chile y Perú el aumento superó el 100%.

De paso, digamos que esta evolución se explica, en partes casi iguales, por el aumento del *volumen* exportado y por el de los *precios* internacionales.

A este elemento decisivo para la balanza de pagos se agrega el fin temporario de la restricción en las fuentes de crédito –para no hablar de la renovada capacidad financiera de Venezuela, por ejemplo, gracias a la suba vertical del crudo– y el hecho de que los flujos de inversión hacia los llamados “países emergentes” están en su pico histórico. Un informe de Sebastián Campanario recaba opinión es unánimes: “es uno de los mejores momentos para las inversiones en países emergentes que vi en mi vida” (Mark Möbius, Fondo Templeton); “en Latinoamérica se está dando una conjunción única de altos superávits fiscales, baja inflación y elevado apetito de de los inversores externos” (Dante Caputo, Deutsche Bank Argentina), y ya hay incluso un debate entre economistas sobre si este fenómeno es meramente la fase positiva de un ciclo o se trata de una “mejora estructural”, de un “cambio de paradigma” (*Clarín*, 26-3-06). En todo caso, hay consenso en que se trata de un momento único de interés entre los inversores.

Así, no extraña que algunos analistas expliquen irónicamente el “éxito” de Kirchner en el frente económico externo como el resultado del “factor SS”: *soja* y *suerte* (Daniel Muchnik en *Clarín*, 18-9-06).

2. ARGENTINA Y EL MERCADO MUNDIAL: SIN NOVEDAD EN EL FRENTE... EXTERNO

Conviene dejar sentado desde el comienzo que, contra cualquier discurso de “refundación”, uno de los principales elementos de *continuidad* entre la Argentina K y el período anterior es el *tipo de inserción del país en la economía mundial y la globalización*.

Si la *falta de proyecto estratégico* de largo plazo es un rasgo endémico de la burguesía argentina desde su nacimiento mismo (lo que hemos señalado como distinción entre “burguesía local” y “burguesía nacional”), con mayor motivo puede afirmarse esto de la salida a la crisis del default del 2001. Tanto el propio default como los pasos económicos que siguieron fueron en parte forzados por las circunstancias y en parte una respuesta empírica y *sin plan alguno* más allá de la emergencia.

El “rebote” tras la brutal caída del PBI, combinado con el contexto internacional favorable ya mencionado y ayudado por la recuperación de los saldos de divisas (resultado tanto del default como de la devaluación) generó un *marco económico distinto al de la catástrofe* de 2002. Sin embargo, eso *no* significa un cambio de fondo en cuanto a la *estructura productiva* tradicional, al *perfil de las exportaciones* ni, por ende, ningún *proyecto de reinserción* de Argentina en la mundialización.

► **Dossier Argentina**

Economía

En ese sentido, hablar de “modelo” de economía kirchnerista es un despropósito. Más allá de las veleidades de capitalismo “desarrollista” o industrialista, el lugar de Argentina en la división mundial del trabajo muestra que *en el centro siguen estando los productos primarios* (especialmente granos), aceites, combustibles y productos primarios en general, esto es, básicamente el complejo agroindustrial, en su mayoría en manos de multinacionales. En todo caso, el costado *industrial*, claramente minoritario en la generación de divisas, está circunscripto esencialmente a ciertos *nichos productivos altamente competitivos, con rasgos de semifactoría*.

Veamos al respecto los siguientes datos:

Exportaciones 2005: 40.000 millones de dólares.	
Contenido tecnológico:	
Productos primarios	45,6%
Manufacturas de origen natural	19,2%
Manufacturas de valor agregado intermedio	17,7%
Manufacturas de bajo valor agregado	6,7%
Manufacturas de alto valor agregado	2%
Otras	8,8%

Sobre un total de 36.922 millones de dólares liquidados por los exportadores en 2005, el detalle es como sigue (en millones de dólares):

Cereales y oleaginosas	12.469
Alimentos y bebidas	4.073
Petróleo	3.495
Química, caucho, plástico	3.445
Automotriz	3.384
Manuf. metales comunes	2.610
Comercio	1.558
Textil y curtidos	1.420
Otros productos agropecuarios	1.157

Para 2006 se estima que las exportaciones llegarán a 45.000 millones de dólares. Pero el 84% del aumento de las exportaciones respecto de 2005 se concentró en sólo *cuatro* rubros: a) residuos y desperdicios de alimentos, b) mineral de cobre y sus concentrados, c) carburantes y material de transporte y d) semillas y frutos oleaginosos.

El panorama en las *importaciones* es completamente *distinto*, y muestra hasta qué punto Argentina está lejos de empezar a postularse como país industrial. Si el perfil de las exportaciones está dominado por los productos primarios y las manufacturas de origen primario o de bajo valor agregado, las importaciones muestran el peso abrumador de la *dependencia argentina en materia de bienes de capital* (insumos para la industria, aunque buena parte de lo que

► Dossier Argentina

Economía

ingresa como tal corresponde en realidad a bienes de consumo: celulares, PCs, etc.). Sobre un total de importaciones por 29.700 millones de dólares, el rubro "bienes de capital, insumos industriales, piezas y repuestos" representó 23.800 millones, es decir, el 80%.

Si se comparan los saldos del comercio exterior en 2005 por rubro, tenemos el siguiente resultado: en cinco rubros (1. animales y productos animales, 2. productos vegetales, 3. grasas y aceites, 4. alimentos y bebidas, 5. productos minerales), el saldo de exportaciones menos importaciones es de 21.200 millones de dólares a favor. Pero si tomamos otros cinco rubros (1. bienes de capital y equipos eléctricos, 2. productos químicos, 3. plásticos y caucho, 4. transporte, 5. óptica y medicina), las importaciones superan a las exportaciones en 11.300 millones de dólares.

Un trabajo del Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino señala que las exportaciones argentinas están "fuertemente concentradas en *no más de 10 rubros que explican casi el 70% del valor exportado*", encabezados por cereales, aceites, carne y petróleo crudo, mientras que en las exportaciones industriales se destacan "las manufacturas de ensamblaje, de bajo valor agregado". Por ejemplo, los automotores tienen un 60% de contenido importado.

Estas cifras y estos rubros son *una radiografía del atraso relativo argentino* respecto no ya de potencias industriales sino de otros países de desarrollo mediano, para no hablar de Brasil. Ya aclaramos que no hay sustento para la tesis del boom exportador, dado que la mayoría de los países de América Latina también mejoraron su performance exportadora por razones que exceden a la región. De hecho, Argentina fue de los países donde menos se incrementó, en porcentaje, el volumen exportado (por ejemplo, Brasil saltó de 58.200 millones de dólares en 2002 a un estimado para este año de 130.000 millones de dólares).

Y la prueba de que no hay ningún avance cualitativo del lugar de Argentina en el mercado mundial capitalista es que su *participación en el comercio global*, tras una larga declinación desde la posguerra, está virtualmente estancada:

Participación de Argentina en el comercio mundial:

1948:	2,8%
1954:	1,2%
1966:	0,8%
1978:	0,5%
1997:	0,41%
2002:	0,34% (Brasil: 0,9%)
2006:	0,39% (Brasil: 1,03%)

Este perfil general es *matizado, pero no modificado sustancialmente*, por la aparición de *algunas empresas, ramas o nichos productivos* que, aprovechando el aumento de competitividad propiciado por la devaluación y con cierto volumen de inversión en alta tecnología lograron acomodarse en el mercado mundial. Es el caso en primer lugar de Techint-Tenaris, junto con otros actores

de trascendencia regional como Arcor, Aluar y (no muchos) otros. Lo que se ha dado en llamar el fenómeno de las “*multilatinas*”, sin embargo, tiene un desarrollo mucho más pronunciado en Brasil, México y en menor escala Chile que en Argentina. Por otra parte, en casi todos los casos se trata de proyectos donde *el capital imperialista es integrante o asociado*, vía fondos de inversión o cotización en Bolsas extranjeras.

En todo caso, cabe puntualizar dos cuestiones. Primera: este proceso *en modo alguno* implica una variante que se postule como cabeza de lanza de ningún proyecto “nacional” con pretensiones de *independencia respecto del capital imperialista*; al contrario, la relación que se plantea es invariablemente de *colaboración, cuando no de sociedad*. Segunda: desde el punto de vista capitalista, sin embargo, representan el *máximo* nivel de desarrollo y concentración tecnológica y de valor, así como de productividad y competitividad en el mercado mundial. En ese sentido, son parte de un *proceso objetivo de reconfiguración y renovación de la clase obrera industrial*, que no se puede perder de vista y que merece un estudio separado.

También hay una muy incipiente apuesta a promover las exportaciones de Pymes, basadas no en grandes volúmenes (economía de escala) sino en especialización y oferta a medida para determinados proveedores y mercados (además de una explotación brutal del trabajo). Pero este desarrollo ronda por ahora no más del 5% de las exportaciones, y este sector en todo caso sólo podría crecer como *complemento* a un verdadero cambio de “paradigma productivo” hoy inexistente.

3. LA RELACIÓN CON EL IMPERIALISMO (EEUU, MERCOSUR, FMI, DEUDA)

También es preciso ser equilibrados respecto del problema de las relaciones del gobierno y el país con el imperialismo, ya que el tema no se resuelve con la mera constatación de que no ha habido ninguna ruptura con EEUU y ni siquiera con el Fondo Monetario. Sin duda, tampoco estamos ante ningún “giro copernicano” en las relaciones diplomáticas. En verdad, la relación con el imperialismo en general y con EEUU en particular (lo que no es exactamente lo mismo) plantea *matices* que hay que discernir.

Por empezar, *los lazos fundamentales de subordinación política al imperialismo yanqui se mantienen en lo esencial*. Sin caer en las sobreactuaciones lacayunas de la década menemista, la diplomacia argentina no ha confrontado seriamente en ningún caso las decisiones de política exterior de EEUU, que Kirchner ha acompañado en decisiones cruciales como el envío de tropas a Haití (operación liderada por el Brasil de Lula).

Además, justamente debido a su aura de “progresista” y hasta “centroizquierdista” –según la geografía de Washington–, el gobierno argentino es un *excelente socio* para una de las estrategias de EEUU en la región: la *contención* de gobiernos y países “problemáticos” como Venezuela y Bolivia. Tanto en su intervención en la crisis de mayo-junio de 2005 en Bolivia como en su relación con Chávez, Kirchner se ha demostrado como un *interlocutor muy fiable* para

► Dossier Argentina

Economía

los yanquis, capaz de cumplir roles que al Departamento de Estado o a las embajadas respectivas les están vedados.

Por otra parte, esta útil "sociedad" –de la que Kirchner espera recoger frutos económicos en materia de inversiones, como lo demostró en su reciente visita a EEUU– no significa el regreso al grosero "alineamiento automático" ni a las "relaciones carnales". La política exterior argentina implica *cierto margen de manejo propio*; un ejemplo reciente es el compromiso de voto a Venezuela para el Consejo de Seguridad de la ONU a pesar de las presiones de Condoleeza Rice. Y el gobierno de Kirchner, sin obstaculizarlas seriamente, busca –como muchos otros, en realidad– diferenciarse de la retórica y la práctica guerrerista de Bush.

Ese manejo más "independiente" se hizo más visible en el terreno de los *bloques regionales* y la cuestión del ALCA, que fue saldada con el rotundo fracaso –por ahora– de ese proyecto. Las aristas de *recolonización brutal* del ALCA son *incompatibles con una región que atraviesa un ciclo de luchas de clases ascendente*, expresado en forma distorsionada por los gobiernos de mediación centroizquierdista.

Frente a un proyecto política y económicamente intragable, Kirchner optó por recostarse en el bloque regional. *El Mercosur atraviesa un sinnúmero de problemas y contradicciones* –por ejemplo, ofrece poco a los socios menores como Uruguay y Paraguay, tentados por EEUU vía los Tratados de Libre Comercio–, pero a falta de algo mejor resultó, por ejemplo, una vía de contención para Venezuela. De esa manera, el bloque se muestra como un *paraguas político* que beneficia tanto a Chávez (que recibe aire contra el aislamiento político que busca imponerle EEUU) como a Kirchner y Lula. En cambio, la viabilidad y proyección propiamente *económicas* del Mercosur todavía están por verse y se hallan sujetas a variables, justamente, menos económicas que políticas, como el signo de los gobiernos que lo integran. Está lejos de ser una "política regional", como lo demuestran los coqueteos con EEUU de parte no sólo de Tabaré Vázquez y Duarte Frutos sino del candidato presidencial brasileño Alckmin.

En todo caso, el terreno que Kirchner publicita como el de los grandes cambios respecto de los 90 es el de *la deuda externa y la relación con el FMI*. Sobre esto se ha hecho un seguimiento más sistemático en el periódico *Socialismo o Barbarie*, por lo que sólo resumiremos aquí los trazos más gruesos.

En primer lugar, la supuesta "pelea" de Kirchner con el FMI tiene *dos premisas*. La primera, el *rol declinante* que esta institución tiene en la actual coyuntura, por una serie de razones de las cuales no la menor es que se ha demostrado incapaz de prevenir estallidos económicos y/o políticos. La "burocracia" del FMI es cuestionada por el propio imperialismo, en particular el yanqui. La segunda es que la "independencia" respecto del FMI *se compró bien cara*: no sólo los casi 10.000 millones pagados al contado el año pasado sino el conjunto de pagos desde 2002, que suman otros 16.000 millones.

Una vez más, el viento a favor internacional, en particular en el terreno financiero, ayudó al gobierno a sacar las castañas del fuego respecto del pro-

blema de la deuda, que de ser una *urgencia permanente a corto plazo* ha vuelto a ser –como lo fue entre 1983 y 2001– un *problema estructural “a mediano plazo”* con el que tendrá que lidiar “el gobierno que viene”.

Lo que el gobierno llama “solución al problema de la deuda” fue una combinación de una *transferencia directa brutal* a los acreedores externos (mega pago) y un *cambio de denominación* de la mayoría de los títulos (de divisas a moneda nacional), a nuevas tasas y plazos, con un financiamiento resuelto en el corto plazo y un *cambio importante en el perfil de los acreedores*. El peso de los acreedores (y prestamistas) *locales* (bancos y AFJPs) en el total de la deuda es bastante mayor que antes del “megacanje”, acercándose así Argentina al patrón de deuda de Brasil. Esa operación permitió a los acreedores *extranjeros* 1) hacer un gran negocio, en el caso de los compradores recientes de títulos; 2) reducir su exposición y/o sus pérdidas en sus préstamos a la Argentina, en el caso de los fondos de inversión y bancos extranjeros, y 3) cobrar hasta el último centavo y sacarse de encima a un deudor molesto, en el caso del FMI y demás organismos financieros internacionales, a los que se sumaría ahora el Club de París.

Por lo demás, nada de esto significa que el país se haya desembarazado de la espada de Damocles que es la deuda pública. Si bien la *relación deuda/PBI* ha bajado –del 85% del PBI al 70%–, en términos internacionales *sigue siendo muy alta*, muy por encima de la de Brasil y de la situación de la propia Argentina pre-default, cuando la deuda equivalía al 60% del PBI. Y en este terreno, como en otros, Kirchner está librando cheques contra una cuenta que *por ahora tiene fondos pero que mañana puede quedar en descubierto*. Por dar un ejemplo: la recuperación de las reservas al nivel anterior al mega pago al FMI es festejado por el oficialismo como un triunfo, pero los economistas serios alertan sobre el inminente regreso del déficit “cuasifiscal” por la emisión de Letras del Banco Central.

El gobierno transmite calma porque sabe que no tendrá necesidades financieras acuciantes durante este año y 2007 como mínimo. No es tan seguro qué pasará después, porque ese esquema se sostiene sobre la base de *un superávit fiscal importante y continuo que depende de factores sólo en parte estructurales y en buena medida coyunturales*. En resumen, también respecto de la relación con el imperialismo encontramos un patrón similar al de la inserción argentina en el mundo: una *continuidad* en lo que hace a los *rasgos más esenciales* y una serie de cambios que, sin ser despreciables ni meramente cosméticos, se montan sobre *condiciones políticas y económicas relativamente contingentes*. No hay ninguna “nueva matriz” en la relación con el imperialismo sino *un realineamiento y reacomodamiento* que se explica más por el *cambio de ciclo político* en América Latina y en Argentina que por una modificación real y sustancial de la *base económica capitalista*.

4. EL SUPERÁVIT FISCAL EN LA ECONOMÍA Y LA POLÍTICA KIRCHNERISTAS

Como ya señalamos, las medidas “estructurales” más profundas desde 2001 fueron la devaluación y el cambio de perfil de la deuda externa primero con el

► Dossier Argentina

Economía

default y luego con el mega canje. Al salto automático de competitividad de las exportaciones argentinas se le sumó, como rasgo peculiar de la economía kirchnerista, un *fuerte crecimiento de la tasa de explotación*, con aumentos inéditos de la productividad del trabajo.

Ésa es la base material de que el capitalismo argentino bajo Kirchner muestre un *peso relativo menor del parasitismo financiero*—que igual goza de buena salud vía el festival de bonos, que generó “un ciclo de excepcionales ganancias para los que apostaron a invertir en activos en pesos emitidos por la Argentina” (*Clarín*, 27-7-05)— y un *sesgo más “productivista”*, donde el sector *industrial* recompone ganancias a expensas de los trabajadores pero también, en parte, de los sectores capitalistas que antes disfrutaban de la pura rapiña financiera en detrimento de la industria.

El núcleo del funcionamiento de la política económica (y de la política a secas) de Kirchner es el superávit fiscal, situación de la que un jefe de Estado argentino goza en esta magnitud por primera vez en décadas. Según el economista Octavio Frigerio, el superávit “garantiza la sustentabilidad del sistema financiero y provisional, ya que buena parte de los bonos públicos está en manos de los bancos y AFJPs. *Es lo que garantiza que habrá recursos genuinos para afrontar los vencimientos de deuda*”.

El origen del superávit es conocido y tiene *dos caras*. Por un lado, los *mayores ingresos* del Estado vía retenciones a las exportaciones, que absorben una parte de la renta extraordinaria de varios sectores, sobre todo el agro, tras la devaluación, complementado por el impuesto al cheque, que grava indirectamente el conjunto de la actividad financiera. De esta manera, la devaluación y el nuevo tipo de cambio “le permiten al Estado captar una parte de la *renta cambiaria* del comercio exterior y (...) una parte de la *renta extraordinaria del agro* y la industria, generada por la suba de precios internos por encima de los insumos y los salarios” (*Clarín*, 30-4-05).

Por el otro, el tremendo *ajuste en términos reales del gasto público* nacional y provincial, cuyos grandes perjudicados fueron *los jubilados, los asalariados estatales y el gasto social* general. El regreso de una inflación del orden del 10-15% colaboró en la tarea de aumentar ingresos y licuar gastos. Por otra parte, salvo los impuestos mencionados, no hubo ningún cambio en la regresiva estructura tributaria argentina, lo que se refleja, como veremos más abajo, en los inéditos índices de desigualdad.

Para tener una idea de en qué medida el “superávit récord” depende de esos dos factores, consideremos los siguientes datos. Los ingresos del Estado en 2005 en concepto de retenciones y derechos de importación alcanzaron los 13.600 millones de pesos, y para 2006 se estimó un superávit fiscal de 17.800 millones de pesos.

Pero la magnitud del ajuste no le va en zaga: el Presupuesto 2006, al no ajustar por inflación salarios estatales ni jubilaciones, logró un ahorro de 4.400 millones y 5.100 millones de pesos, respectivamente, esto es, un 53% del superávit previsto.

El ajuste se concentra eminentemente en el gasto social, porque, naturalmente, *la prioridad la tiene el servicio de la deuda pública*, al que se agre-

► **Dossier Argentina**

Economía

gan, en proporción creciente desde 2004, los *subsidios* a capitalistas privados, sobre todo en el área de servicios. En 2001, el gasto público representaba el 35,7% del PBI, mientras que en 2004 sólo llegó al 28,9%. Los rubros que más bajaron fueron previsión social (-31%), educación (-28%), y salud (-24%).

El cuadro siguiente resume la evolución del gasto público, en porcentaje del PBI:

Promedio 1993-2001		Promedio 2004-2005
Seguridad social	6,0 (43% del gasto total)	4,5 (34% del total = 9.000 millones menos)
Salarios	2,4	2,1
Servicios privados	1,8	2,9 (subsidijs y planes sociales)
Gastos de capital	0,9	2,0 (obra pública)

Si la Nación se ajustó, también lo hicieron las *provincias*, cuyo gasto salarial cayó del 56 al 45% del total entre 2001 y 2004. Además, se vieron obligadas a aceptar la Ley de Responsabilidad Fiscal (pedida por el FMI), que pone un tope al gasto ligado al PBI del año anterior. Después de tres años de contribuir al superávit fiscal, en 2006 tienen superávit cero, y su deuda equivale al 100% de la recaudación tributaria. El principal acreedor (70% del total) es el Estado nacional. Esta licuación del superávit no se debió a la recuperación del salario sino al mayor gasto en obra pública, que compensa la falta de inversión privada. De paso, la *dependencia financiera de las provincias* respecto de las arcas nacionales es la *base material del trasvasamiento de gobernadores e intendentes radicales al proyecto político kirchnerista*.

Es también sobre la base de este superávit que *el Estado interviene y arbitra políticamente en la economía*, sin llegar a constituirse en actor económico propiamente dicho. Correo Argentino, AySA o Enarsa no son las puntas de lanza de un "estatismo" fantasmal sino las excepciones (las dos primeras, resultado de estrepitosos fracasos de la gestión privada) que confirman la regla general de que *el principal motor económico de la economía kirchnerista es la actividad privada*.

Sin embargo, *el "mercado"*, dentro de un marco general que *no cuestiona* en lo esencial la apertura económica de los 90, está sujeto a ciertos *controles* más o menos informales en determinadas áreas sensibles. El Estado hace *un monitoreo permanente* de las variables económicas que puedan tener impacto político.

De allí las iniciativas de *acuerdos de precios y salarios*, que funcionan como un marco general no oficial para el conjunto de la economía y mantienen a raya el "peligro inflacionario". Lo propio sucede con los *premios y castigos* para los capitalistas según su comportamiento económico resulte más o menos funcional al proyecto político: el gobierno regula sus relaciones con las distintas fracciones de la burguesía por la vía de combinar herramientas como subsidios

(transporte, energía, servicios públicos), retenciones (agro, petróleo) e incluso el cierre de exportaciones (carne). También utiliza los subsidios como mecanismo compensatorio para las privatizadas por el retraso de las tarifas (lo que generaría inflación y costo político).

Que definamos esta intervención estatal como política significa que se inmiscuye en la economía pero con *objetivos políticos*. No hay ni sombra de que se propicie un rol del Estado en la economía propio de los nacionalismos burgueses de los 50 y los 60 y de los modelos “desarrollistas”. Por ejemplo, *no hay inversión pública significativa en infraestructura*, salvo para tapan los agujeros que deja la desidia privada, ni menos todavía un retorno al *welfare state* o estado de bienestar. La evolución del gasto estatal que reproducimos más arriba despeja toda duda acerca de cualquier desvío fundamental respecto de un funcionamiento económico esencialmente “neoliberal”.

Asimismo, es una práctica sistemática del gobierno, desde 2003 hasta el Presupuesto 2007, subestimar los ingresos y sobrestimar (en realidad, subejecutar) los gastos a fin de que al gobierno le quede un *superávit real mayor* al votado en el Congreso. Este excedente de recursos se maneja con los criterios totalmente políticos y *clientelares* ya mencionados: subsidios a capitalistas “amigos”, financiamiento a gobernadores e intendentes aliados, etc.

5. LA BURGUESÍA, SUS FRACCIONES Y UN CRECIMIENTO QUE “NO DERRAMA”

Hemos adelantado que tras la crisis de 2001 y la devaluación hubo una evidente *redistribución del plusvalor entre los sectores burgueses*, en el marco general de que en su conjunto la burguesía se vio beneficiada por una brutal transferencia de valor en detrimento de los trabajadores. Esa redistribución operó vía el *reacomodamiento de precios relativos* de las ramas de la producción y los servicios, en el marco de que ese ajuste de precios relativos *benefició en general a la burguesía y perjudicó al conjunto de los asalariados*. De fondo, *la política económica kirchnerista se basa en volver estable y “sustentable” la transferencia de ingresos introducida inicialmente por la devaluación del peso*.

Los sectores que emergieron como *ganadores*, acreedores de la parte principal de esa masa de plusvalor, fueron, está dicho, los *productores de bienes* (transables), especialmente los ligados a la exportación.

En cambio, las compañías privatizadas de servicios y los bancos dejaron de percibir la monstruosa renta en pesos que, durante el 1 a 1, convertían inmediatamente en dólares con seguro de cambio gratuito a cargo del Estado. El fin de este negocio fabuloso hizo que varias privatizadas y bancos extranjeros directamente vendieran sus activos y se fueran del país.

Justamente, uno de los cambios bajo Kirchner es que muchas compañías que gestionaban *servicios públicos* como electricidad, gas, agua y teléfonos se retiraron tras la caída en la tasa de rentabilidad y sus problemas de endeudamiento. Esto dio lugar a la llegada de *fondos de inversión locales* (Mindlin, Werthein, Ivanissevich, Coinvest) y *extranjeros* (Ashmore, Maratón, Fintech,

► **Dossier Argentina**

Economía

Aberdeen Asset, Exotics, Farallón, UBS, Nextar), que compraron las deudas a entre un 15 y un 35% del valor nominal. El hecho de que “los nuevos accionistas no acreditan una sólida experiencia en el negocio de los servicios públicos, que se caracterizan por (...) una perspectiva de ganancias mucho más acotada que las que manejan los fondos de inversión” (Carlos Montero, del Instituto Argentino de Servicios Públicos) abre un interrogante. ¿Cuál es la real capacidad y compromiso de operadores que entraron en el negocio con una visión aún más especuladora y de corto plazo que la de otros operadores internacionales? Porque esto se da en el marco de una crisis de infraestructura que requiere inversiones urgentes para no colapsar, sobre todo en el área energética. Así lo resume el conocido neoliberal Manuel Solanet, de FIEL: “todos estos negocios obedecen a *oportunidades puntuales más que a una corriente inversora*. Los fondos que compran [a estas compañías] *no son estratégicos*” (Clarín, 7-11-05).

Por otra parte, otro de los “ganadores” de la crisis fue *el propio Estado*: bajo la gestión kirchnerista, una parte de las divisas generadas por la revitalización de las exportaciones y el renovado superávit de la balanza de pagos fue a parar a las arcas estatales, dándole al gobierno el margen financiero que hemos descrito.

El *otro gran motor de la expansión económica es el aumento de la explotación de la clase obrera*, con cifras de *productividad* que batieron récord tras récord. Si comparamos el costo laboral en la industria manufacturera en 2005 respecto de 1997 (es decir, antes de la recesión y con la industria creciendo al 9% anual), encontramos que mediante la combinación de salario, *volumen de producción* y *cantidad de trabajadores*, ese costo es ahora un 28,4% inferior (y un 33% inferior si se lo compara con 2001, según la Secretaría de Industria). Por dar el ejemplo de algunas ramas: en alimentos, el costo bajó un 15,1%; en bebidas alcohólicas y no alcohólicas, un 30%; en automóviles –con un menor volumen de producción–, un 54,8%, y en calzado, un 56,3%.

El número total de *obreros ocupados* respecto de 1997 es un 13,8% inferior. Mientras que los precios de fábrica de manufacturas agropecuarias e industriales, también en relación con 1997, subieron un 120% (pero un 225% en químicos y un 261% en acero), el salario promedio subió sólo un 85%, aunque el salario industrial, a diferencia del estatal y de los trabajadores en negro, rebasó la inflación minorista, que subió en el período un 65%.

Este *sesgo “productivista”* de la economía en detrimento del sector servicios es claramente *mensurable*: en el período 1993-2001, la contribución del *sector productor de bienes* al PBI promedió un 31,5%, mientras que en el período 2002-2005, la proporción ascendió al 42%, tendencia que se reforzaba en 2006 (la última medición del INDEC, del segundo trimestre de este año, estimaba que el sector productor de bienes contribuía en un 43,6% del PBI). De hecho, en 2005 se superó por primera vez el nivel de actividad industrial de 1998.

Otro parámetro de estos cambios es el índice Merval de la Bolsa de Buenos Aires: “*las privatizadas perdieron participación (...) y ganaron terreno otras fir-*

► Dossier Argentina

Economía

mas (...) Petrobras, Grupo Galicia y Acindar representan, juntas, más del 50% de la composición del índice" (*Clarín*, 25-7-05).

En realidad, *la devaluación le vino como anillo al dedo a toda la industria en general*, y es por eso que la UIA aplaude el dólar alto, que también conviene a las finanzas estatales (las retenciones a las exportaciones sostienen el superávit). Éste es *el punto central donde coinciden los intereses del actual elenco político y los de la burguesía industrial y exportadora*, que está más que satisfecha con esta *competitividad que se origina en el tipo de cambio, no en ampliación de la inversión*, esto es, genuina acumulación de capital. Lo que sigue sin existir, ni de parte del Estado ni de parte de este sector de la burguesía, es ningún proyecto "capitalista nacional productivo" a largo plazo.

Precisamente, mal puede haber un proyecto "nacional" cuando en 2003, la *participación extranjera* representaba el 75% de la facturación de las principales 1.000 empresas (en 1993, el 50%), y de las 500 más grandes, el 67% tenían participación extranjera, en la amplia mayoría de los casos mayoritaria (en 1993, sólo el 44%). De entre las 500 empresas más grandes, las de capital nacional sin participación extranjera aportaban sólo el 15% de las exportaciones y del valor agregado, mientras que las compañías con más de un 50% de capital extranjero aportaban el 78% y el 80% respectivamente. Los principales países inversores son EEUU (25% del total), España (23%) y Brasil (19%).

Es verdad que desde 2003 ha habido una cierta "reaparición" de *capital nacional en algunas ramas* antes ocupadas por multinacionales. Pero esto se ha dado sobre todo en el área de *servicios*, con las limitaciones ya apuntadas. En cambio, *en la industria continúa el proceso de extranjerización* (aunque con mayor participación de empresas brasileñas, mexicanas y chilenas, en ese orden), con el traspaso de empresas emblemáticas como Acindar, Quilmes, Loma Negra y Graña. Aunque el gobierno intenta hacer ver este proceso como "parte de la inercia del esquema económico anterior" y que "el capital nacional se está ampliando" (secretario de Industria Miguel Peirano en *Clarín*, 26-5-06), esto es por ahora una tendencia subsidiaria o una expresión de deseos.

En todo caso, *para poder hablar de una verdadera reconversión del perfil industrial argentino debería constatarse una corriente de inversión*, esto es, de acumulación de capital, muy por encima de lo que se verifica hoy. Las cifras de "crecimiento récord" (en realidad, volver a los niveles de producción de 1998) no deberían ofuscarnos hasta el punto de ignorar que, desde 2003, la recuperación se logró *esencialmente sobre la base del aumento en el uso de la capacidad instalada*. Como dice el economista Marcelo Lascano, "Argentina creció con lo que tenía: hubo inversión de reposición y poca inversión nueva". Lo confirma en cifras el consultor Orlando Ferreres, para quien, de los 40.000 millones de dólares de inversión, sólo 5.000 millones corresponden a nuevos emprendimientos; el resto se destina a mantenimiento. Con un puñado de excepciones (Siderar, Aluar, automotrices, complejos aceiteros), no hay grandes proyectos industriales, y Claudio Lozano, de la CTA, se queja de que las empresas "no reinvirtieron en línea con las ganancias obtenidas" (*Clarín*, 24-1-06). A

► **Dossier Argentina**

Economía

esto debe agregarse que en muchos casos se trata de proyectos con fuerte apoyo oficial en subsidios.

Según Ferreres, entre el 60 y el 65% de las ramas está trabajando al límite de la capacidad o llegando a él. *La inversión es la asignatura pendiente*, el cuello de botella que poco a poco el gobierno admite que debe enfrentar.

Por otra parte, la rama récord en crecimiento que empuja la inversión es la *construcción* (+21% en el primer semestre 2006), no el sector de *equipo durable* (el que indica el verdadero aumento de la capacidad productiva). Este último sector alcanzó su pico de crecimiento en 2004 y desde entonces, si bien aumenta, no lo hace a un ritmo comparable, mientras que la construcción pasa a ocupar un lugar cada vez mayor en el conjunto de la inversión bruta.

Mientras que el Ministerio de Economía difundió un cuadro muy optimista en inversión de equipos y nuevas plantas, que en siete meses de 2006 estaría casi alcanzando los niveles de todo 2005, un estudio del Banco Río señala que, por el contrario, el gasto en equipo durable se desaceleró considerablemente en 2006, y los motores de la expansión son claramente la construcción y el consumo. Estas señales contradictorias indican que es aún prematuro intentar proyectar una tendencia al respecto.

En cuanto a la *tasa de inversión*, en verdad, considerando que el promedio 1993-1999 fue del 18,9% del PBI, la performance de 2004 (19,2%), de 2005 (21,5%) y la estimada para 2006 (22-23%), si bien es *ascendente*, no alcanza a constituir un cambio *cualitativo* en el proceso de acumulación de capital.

Finalmente, cabe insistir en que esta configuración económica, con todo lo que tiene de específica respecto de la anterior, mantiene una *línea de continuidad en un aspecto clave: el cuadro social*. Más allá de las diferenciaciones internas dentro de los asalariados, que examinaremos más abajo, el "crecimiento récord" no sólo *no ha logrado revertir* la escandalosa desigualdad social heredada del período anterior, sino que la *estabiliza* y en algunos terrenos la *refuerza*.

A pesar del descenso de las catastróficas cifras de pobreza, indigencia y desocupación registradas en 2001-2003, se hace evidente que hay un "*núcleo duro*" de *población excluida* que la economía kirchnerista no afecta sino que consolida, aunque la tendencia a la pauperización general de la sociedad se haya detenido y, para algunas capas sociales, empezado a revertirse.

Parte de ese núcleo duro es el 20% de la población (7,7 millones de personas) que gana \$82 al mes o menos, pero de ninguna manera se limita a ese sector. Se mantiene la brecha récord en la desigualdad de la distribución del ingreso, señalada por el hecho de que el 10% más rico gana 36,5 veces más que el 10% más pobre. El reciente descenso registrado por el INDEC es por ahora un dato aislado, no una tendencia firme.

Asimismo, la persistencia del fenómeno del *empleo precario* —que, pese a todos los discursos y carteles oficiales, sólo bajó de un 49% a un 45% en tres años— dio lugar al creciente desarrollo de una nueva categoría, la "*pobreza con empleo*". El 80% de los hogares pobres tiene a su frente a un/a trabajador/a ocupado/a cuyo salario es inferior al nivel de la canasta básica de pobreza (\$853). De este modo, la política salarial kirchnerista ha "logrado" que, a dife-

► Dossier Argentina

Economía

rencia del piso de la crisis, *la principal causa inmediata de pobreza sea no la desocupación sino los salarios de miseria.*

Dos datos son ilustrativos al respecto. Primero: si bien la masa salarial *global* creció, gracias al descenso de la desocupación, el ingreso *individual* promedio creció por debajo de la inflación, por lo que el poder de compra promedio del salario sigue un 8% por debajo del nivel de 2001. Segundo: un estudio del Banco Credicoop recuerda que la participación de los asalariados en el PBI era en 2001 del 32%; en la actualidad, sólo del 24%, lo que demuestra que el dólar alto y la inflación le vienen muy bien a los exportadores y al fisco, pero no a los trabajadores.

6. CONCLUSIÓN: “MODELO DE COYUNTURA” Y REGULACIÓN POLÍTICA DE UNA ECONOMÍA NEOLIBERAL

Lo que ha dado en llamarse “economía K” se perfila, entonces, *no* como un proyecto *estratégico* sino como un “modelo” cuyo origen es más *político* (el cambio de ciclo de lucha de clases nacional y regional) que propiamente económico. En consonancia, el elemento *más específico* de la economía argentina bajo Kirchner es, precisamente, la nueva presencia que tienen *el gobierno y el Estado* como *factores de intervención en la economía* en un sentido de *regulación* del “mercado” y del capitalismo “neoliberal” a partir de criterios *políticos*.

Aquí radican, en verdad, tanto los aspectos de novedad como de continuidad del actual proyecto. Por un lado, en su rol de “*arbitraje*” el gobierno se asienta *sobre la base de relaciones de fuerzas entre las clases categóricamente distintas* a las de los 90; son ellas las que le confieren ese margen de acción relativamente “autónomo” respecto de las distintas fracciones burguesas (en el sentido de que es capaz de ejercer su “regulación” sobre *todas* ellas).

Por el otro, el hecho de que este gobierno no es “hijo” de ningún proceso *estructural* de modificación de los patrones del capitalismo argentino, sino de un cambio *político*, le recorta en el terreno *económico* el relativo “vuelo propio” que pretende exhibir –y de hecho ejerce– la gestión kirchnerista. De allí que a la hora de darle *sustentación social* al “proyecto K”, no hay para el gobierno otra variante más que recostarse sobre los *sectores burgueses más tradicionales e insertos* en el mercado mundial.

Contra lo que muchos creen, el sesgo “productivista” de la política económica no es el resultado de ninguna convicción “desarrollista” profunda del elenco gobernante, sino que expresa justamente la voluntad *de apoyarse en el sector de la burguesía que ha salido más favorecido* de la salida de la crisis de la convertibilidad. El reanimamiento de la producción industrial bajo el paraguas cambiario de la devaluación, la recuperación del consumo interno y los altos precios internacionales de los *commodities* que exporta el país modificaron el peso relativo de los distintos sectores capitalistas a favor de los “productores” y contra los “proveedores de servicios” y el sector más ligado a la rapiña financiera pura.

► **Dossier Argentina**

Economía

En un sentido, se repite la ecuación menemista de establecer una *alianza con la fracción burguesa más fuerte*, sólo que en el 2003 ese sector *ya no es el mismo* que en los 90. De paso, esto demuestra que el “personal político” burgués argentino, a la vez que *no* representa de manera *directa e inmediata* a tal o cual sector de la burguesía, tiende a realinearse –de manera totalmente *empírica y sin plan alguno*– con la fracción burguesa que en cada coyuntura representa mejor los intereses del *conjunto* de la clase capitalista. Lógicamente, al tratarse de una clase *socia menor del imperialismo y sin proyecto autónomo ni estratégico*, mal puede este u otro gobierno avanzar en ese sentido. Los escasos ejemplos de desarrollo relativamente independiente a partir de un proyecto iniciado desde el poder político y no de algún sector capitalista, lo que incluyó la cuasi creación de una burguesía desde el Estado, se dieron en otro contexto histórico y en condiciones que la mundialización capitalista vuelve casi imposibles de reproducir.

En suma, el Argentinazo y el nuevo ciclo político en América Latina hicieron *inviabile políticamente* un capitalismo neoliberal “salvaje” y “desregulado” como el de los 90, pero *no cambiaron el carácter de la estructura capitalista* del país ni de su ubicación en la división internacional del trabajo. Allí radica, insistimos, *tanto la fuerza como la debilidad del kirchnerismo como proyecto*.

Por otra parte, ciertas *variables fundamentales* del actual esquema (viento a favor de la economía internacional, solvencia fiscal amparada en un esquema “sustentable” del servicio de deuda) son por definición *no estructurales sino coyunturales* y hasta contingentes, más allá de lo corta o larga que sea esa coyuntura. Por lo tanto, si bien de manera lenta y todavía sin consecuencias políticas, *comienzan a acumularse tensiones en diversos planos* (cuentas fiscales, inversión, infraestructura, inflación, tipo de cambio) cuyo ritmo de maduración no es fácil de prever. Puede ser más rápido de lo que estiman hoy los economistas, pero parece difícil que se acelere tanto como para complicarle al gobierno su plan reeleccionista en 2007.

Para concluir esta sección, digamos que en el terreno social –contra las hipótesis de “pauperización indefinida” y creciente que barajaba el PO, por ejemplo– lo que se verifica es un *crecimiento de la importancia del trabajo asalariado*, en particular el productivo. *No hay “piqueterización” de la sociedad*, si bien es verdad que se consolida un “núcleo duro” de excluidos o semi excluidos a los que les resultará muy difícil reinsertarse en el mercado laboral. Lo que hay es más bien una *extensión* (volviendo a los niveles anteriores, en verdad) de la *relación salarial* en un contexto de *aumento de la producción (y la explotación)*, del fenómeno de la *pobreza con empleo* y de una fuerte *segmentación* de los trabajadores por rama industrial, por tipo de contrato, por nivel salarial y hasta por franja etaria (edad). Estas variables, por otra parte, se combinan de una manera que requiere un análisis separado que excede el presente texto.

